

En efecto, son parajes peligrosos estos de las inmediaciones del archipiélago de las Bermudas. Los ingleses, á quienes ha pertenecido desde su descubrimiento, no le utilizan sino como puesto militar, situado entre las Antillas y la Nueva Escocia. Por lo demás está destinado á acrecentarse y probablemente en grande escala. Con el tiempo ese principio del trabajo de la naturaleza, ese archipiélago, ya compuesto de ciento cincuenta islas ó islotes, contará mucho mayor número, pues las madréporas trabajan incessantemente en construir nuevas Bermudas, que se unirán entre sí y formarán poco á poco un nuevo continente.

Ni los otros tres pasajeros ni Mrs. Kear se han tomado la molestia de subir al puente para examinar este curioso archipiélago. En cuanto á Miss Herbey apenas ha llegado á la toldilla, cuando la voz áspera de Mrs. Kear la llama y la obliga á volver á sentarse á su lado.

VI.

GURESA MAR.—¿ESTÁ LOCO EL CAPITAN?—
SINGULAR ASPECTO.

Del 8 al 13 de Octubre.

El viento comienza á soplar del Nordeste con cierta violencia y el *Chancellor*, bajo sus gavias, con rizos bajos y su mesana, ha tenido que ponerse á capa corrida.

La mar es muy gruesa y el buque se fatiga mucho, los tabiques de la cámara gimen con un ruido que acaba por crispar los nervios. Los pasajeros se mantienen en su mayor parte bajo la toldilla.

Yo prefiero permanecer en el puente aunque una lluvia fina me penetra con sus moléculas pulverizadas por el viento.

Durante dos días corrimos así á la ca-
pa. El movimiento de las capas atmos-
féricas ha pasado de *gran fresco á golpe
de viento*; se calan los masteleros de ju-
nete. El viento en este momento hace
de cincuenta á sesenta millas por hora (1).

A pesar de las excelentes cualidades
del *Chancellor* su deriva es considerable
y vamos arrastrados hácia el Sur. El es-
tado del cielo, oscurecido por las nubes
no permite tomar altura, y no estando
establecido el punto nos vemos obliga-
dos á atenernos á la estima.

Mis compañeros de viaje, á quienes el
segundo nada ha dicho, no pueden saber
que hacemos un rumbo absolutamente
inexplicable. La Inglaterra está al Nor-
deste y nosotros corremos hácia el Sud-
oeste. Roberto Kurtis no comprende la
obstinación del capitán, que á lo menos
debería cambiar sus amuras, y haciendo
rumbo al Noroeste, volver á tomar las
corrientes favorables. Pero no: desde

[1] Unos treinta metros por segundo.

que el viento ha saltado al Nordeste el
Chancellor se inclina cada vez más al
Sur.

Aquel día, hallándome sólo en la tol-
dilla con Roberto Kurtis, le digo:

—¿Está loco su capitán de usted?

—Eso pregunto yo, señor Kazallon,
dice Roberto Kurtis; usted debe saber-
lo, pues que le ha observado ya atenta-
mente.

—No sé qué responder, señor Kurtis;
pero confieso que su fisonomía singular,
sus ojos extraviados.....Ha navegado
usted ya otra vez con él?

—No, esta es la primera vez.

—¿Y le ha renovado usted sus obser-
vaciones acerca del rumbo que segui-
mos?

—Sí; pero me ha respondido que era
el bueno.

—Señor Kurtis, ¿y qué piensan el te-
niente Walter y el contramaestre de esta
manera de obrar?

—Piensan lo que yo.

—¿Y si el capitán Huntly quisiera conducir el buque à China...

—Le obedecerían como yo.

—Sin embargo la obediencia tiene sus límites.

—No, mientras la conducta del capitán no ponga el buque á riesgo de perderse.

—¿Pero, y si está loco?

—Si está loco, señor Kazallon, yo sabré lo que debo hacer.

Esta es una complicación que no esperaba de modo alguno al embarcarme en el *Chancellor*.

Entre tanto, el tiempo se ha puesto cada vez peor, y en esta parte del Atlántico se desencadena un verdadero golpe de viento. El buque se ha visto obligado á ponerse à la capa de su gavia mayor con rizos bajos y el foque, es decir, que hace, por decirlo así, frente al viento, presentando sus fuertes cachetes á la mar. Pero como ya se ha dicho, su de-

riva es grande y nos vemos cada vez más rechazados hácia el Sur.

Esto es tan evidente, cuanto que en la noche del 11 al 12 el *Chancellor* entra plenamente en el mar de sargazos.

Este mar, encerrado por la tibia corriente del Gulf-Stream, es una vasta extensión de agua cubierta de esas algas que los españoles llaman *sagarzos*, y donde las carabelas de Colón no navegaron sin trabajo, durante su primera travesía del Océano.

Cuandó llega el día el Atlántico ofrece á nuestros ojos un singular aspecto y los Letourneur vienen á observarlo, á pesar de las ruidosas ráfagas que hacen resonar los obenques metálicos, como verdaderas cuerdas de arpa. Nuestros vestidos, pegados à nuestro cuerpo, se desgarrarían completamente si presentaran la menor presa al aire. El buque salta sobre este mar espeso á consecuencia de esta prolífica familia de las fucáceas, vas-llanura de yerba, que corta con la ro-

da como con una reja de arado. Algunas veces largos filamentos recogidos por el aire se arrollan á las cuerdas como sarmiento de vid, y forman una cortina de verdor, tendida de un mástil á otro. Entre estas largas algas, interminables cintas que no miden menos de trescientos á cuatrocientos piés, las hay que van á arrollarse hasta la perilla de los masteleros, como otros tantos gallardetes flotantes. Por espacio de algunas horas hay que luchar contra esta invasión de algas, y en ciertos momentos el *Chancellor*, con su arboladura cubierta de hidrofitos ligados por estas lianas caprichosas, debe parecerse á un bosque movable en medio de una pradera inmensa.



VII.

CONTINUA EL RUMBO AL SUDESTE.—RUIDO
ESTRAÑO. — ESCOTILLAS CERRADAS.—SE
RIEGAN LOS ENCERADOS QUE LAS CU-
BREN.

14 de Octubre.

El *Chancellor* ha salido al fin de este Océano vegetal y la violencia del viento se ha disminuido, volviendo á ser *buen fresco*. Marchamos rápidamente con los rizos en las gavias.

El sol se ha presentado hoy y brilla con vivo resplandor. La temperatura comienza á ser muy cálida; el punto establecido en buenas condiciones nos dá 21° 33' de latitud Norte y 50° 17' de longitud Oeste. Así, pues, el *Chancellor* ha bajado más de diez grados hácia el Sur.

¡Y su rumbo continúa siendo al Sudeste!

He querido saber la causa de esta inconcebible obstinación del capitán Huntly y he hablado varias veces con él. ¿Está en su juicio ó no lo está? No sé qué creer; en general habla racionalmente. ¿Se encuentra acaso bajo la influencia de una locura parcial, de una especie de *distracción*, que recae precisamente en las cosas de su oficio? Se han observado ya algunos de esos casos fisiológicos y de ello he hablado á Roberto Kurtis, que me escucha friamente, diciéndome como antes, "que no tiene derecho de sustituir á su capitán, mientras el buque no vaya á perderse por algún acto de locura perfectamente averiguado." En efecto, esta sustitución sería una medida grave y que envolvería una seria responsabilidad.

He vuelto a mi camarote, hácia las ocho de la noche, y á la claridad de una lámpara de balance he pasado una hora

leyendo y reflexionando. Después me he acostado y he dormido.

Un ruido extraño me ha despertado á las pocas horas. Pasos pesados resuenan sobre el puente y oigo vivas interpelaciones y respuestas. Me parece que la gente de la tripulación corre de un lado á otro precipitadamente. ¿Cuál es la causa de esta agitación extraordinaria? Sin duda se bracean las vergas; cosa necesaria para virar de bordo.....pero no, no puede ser eso, porque el buque continúa dando la banda por estribor, y por consiguiente no ha cambiado sus amuras.

Pienso un instante en subir al puente, pero en seguida cesa el ruido. Oigo entonces al capitán Huntly volver á entrar en su cámara, situada delante de la toldilla y yo vuelvo de nuevo á meterme en cama.

Sin duda es una maniobra la que ha motivado tantas idas y venidas. Sin embargo, los movimientos del buque no se

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1925 MONTERREY, MEXICO

han aumentado; por consiguiente el viento no ha cobrado fuerza.

Al día siguiente, 14, subo á la toldilla á las seis de la mañana y empiezo á reconocer el buque.

Nada ha cambiado á bordo.....en apariencia. El *Chancellor* corre amuras á babor con sus velas bajas, sus gavias y juanetes. Está bien apoyado y marcha admirablemente por el mar, que se levanta á impulsos de una brisa fresca y manejable. Su celeridad es grande en este momento, y no debe ser inferior á once millas por hora.

Pronto los Letourneur, padre é hijo, se presentan sobre el puente. Ayudo al joven á subir á la toldilla. Andrés respira con placer el aire de la mañana, tan vivificador y tan cargado de perfumes marinos.

Les pregunto si no les ha despertado esta noche un ruido de pasos que denotaban cierta agitación á bordo.

—No, á mí no, responde Andrés Le

tourneur; he dormido toda la noche de un tirón.

—Querido, el padre, has dormido muy bien entonces, porque á mí también me ha despertado ese ruido de que habla el señor Kazallón; y aun me parece haber oído estas palabras: ¡Pronto, pronto, á las escotillas, á las escotillas!

—¡Ah! dije yo, ¿y qué hora era?

—Las tres de la mañana, sobre poco más ó menos, respondió Mr. Letourneur.

—¿Y no ha sabido usted la causa de ese ruido?

—Lo ignoro, señor Kazallón, pero no puede ser grave, pues no han llamado á ninguno de nosotros al puente.

Miro las escotillas, dispuestas delante y detrás del palo mayor, que dan acceso á la bodega del buque. Están cerradas como de costumbre, pero observo que se hallan cubiertas de espesos encerados, y que se han tomado todas las precauciones necesarias para cerrarlas herméticamente. ¿Por qué se han condenado con

tanto cuidado estas aberturas? Aquí hay un motivo que no puedo adivinar. Roberto Kurtis me lo dirá sin duda. Espero, pues, á que le llegue el turno de su cuarto, y no digo nada de la observación que he hecho á Mr. Letourneur.

El día debe ser hermoso, porque el sol á su salida se ha presentado magnífico y el aire bastante seco, lo cual es un buen presagio. Se vé también por cima del horizonte opuesto el disco de la luna no completo, y que no se pondrá antes de las diez y cincuenta y siete de la mañana. Dentro de tres días entrará el cuarto menguante y el 24 la luna nueva. Consulto mi anuario y observo que ese día tendremos una hermosa marea de sigigia. Poco nos importa á nosotros que flotamos en pleno Océano y no podemos ver los efectos de esa marea; pero en todas las costas de los continentes y de las islas el fenómeno será curioso de observar, porque la luna nueva levantará las masas de agua á una altura grandísima.

Estoy solo en la toldilla, los Letourneur han bajado á tomar el té y espero al segundo del buque.

A las ocho, Roberto Kurtis viene á tomar su cuarto, que le cede el teniente Walter, y yo voy á estrecharle la mano.

Antes de saludarme, Roberto Kurtis dirige rápidamente una mirada al puente del buque y frunce rápidamente el entrecejo. Después examina el estado del cielo y velámen del buque.

Acercándose luego al teniente Walter, le dice:

—¿Dónde está el capitán Huntly?

—No le he visto todavía.

¿No hay nada de nuevo?

—Nada.

Después, Roberto Kurtis y Walter hablaban algunos instantes en voz baja.

A una pregunta que el primero le dirige responde Walter con un signo negativo.

Envíeme usted al contra maestre, Wal-

ter, dice Kurtis en el momento de separarse del teniente.

No tarda el contramaestre en presentarse y Roberto Kurtis le dirige algunas preguntas á las cuales aquel responde en voz baja, pero moviendo la cabeza con aire de disgusto. Después, obedeciendo una orden del segundo, el contramaestre llama la brigada de cuarto y hace regar los encerados que cubren la escotilla mayor.

Pocos instantes después me acerco á Roberto Kurtis y nuestra conversaci6n gira al principio sobre cosas insignificantes. Viendo que el segundo no alude al objeto que quiero tratar, le pregunto:

—A propósito, señor Kurtis, ¿qué ha pasado esta noche á bordo?

Roberto Kurtis me mira atentamente sin responder.

—Sí, a~ado, me ha despertado un ruido extraño, que también ha interrumpi-

do el sueño á M. Letourneur. ¿Qué ha pasado?

—Nada, señor Kazall6n, responde Roberto Kurtis: un falso golpe de barra del timonel estuvo á punto de hacer tomar por avante al buque, y ha sido necesario bracear de improviso, lo cual ha causado cierta agitaci6n en el puente. Pero el mal se ha reparado en breve y el *Chancellor* ha recobrado inmediatamente su rumbo.

Me parece que Roberto Kurtis, tan sincero de ordinario, no me dice la verdad.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1025 MONTERREY, MEXICO

VIII.

¿QUE SUCEDE EN LA BODEGA?—CONVERSA-
CIÓN ENTRE LOS MARINEROS.—INQUIE-
TUD DE ROBERTO KURTIS.—QUEJAS DE
LOS PASAJEROS.—LIMPIEZA EXTRAORDI-
NARIA.—SU VERDADERA CAUSA.

Del 15 al 18 de Octubre.

La navegación continúa en las mismas condiciones, el viento fijo al Nordeste, y para un ánimo desprevenido no parece que haya nada anormal á bordo.

—Sin embargo, hay algo! Los mariner-
ros, con frecuencia agrupados, hablan
entre sí, y cuando alguno de nosotros se
acerca guardan silencio. Muchas veces
he cogido al vuelo la palabra *escotilla*,
que ya ha chocado á Mr. Letourneur.
¿Qué hay en la bodega del *Chancellor*,

que exige tantas precauciones? ¿por qué están las escotillas tan herméticamente cerradas? Ciertamente que si tuviéramos una tripulación enemiga encerrada en el entrepuente, no tomaríamos medidas más severas para tenerla bien guardada.

El 15, paseándome por el alcázar de proa, oigo al marinero Owen decir á sus compañeros:

—Tened entendido, muchachos, que yo no esperaré hasta el último momento. Cada uno mira por sí.

—¿Pero, qué harás, Owen? le pregunta el cocinero Jynxtrop.

—¡Buena pregunta! responde Owen. Para algo se han inventado las chalupas.

Esta conversación ha sido interrumpida bruscamente y no he podido oír más.

¿Se trama alguna conspiración contra los oficiales del buque? ¿habrá sorprendido Roberto Kurtis algunos síntomas de rebelión? Siempre ha sido de temer la mala voluntad de ciertos marineros, y

es preciso imponerles una disciplina de hierro.

Tres días han pasado, durante los cuales nada nuevo en apariencia he podido observar.

Desde ayer he notado, sin embargo, que el capitán y el segundo tienen frecuentes conferencias. Roberto Kurtis experimenta ciertos movimientos de impaciencia. lo que me sorprende siempre en un hombre tan dueño de sí mismo; pero me parece que á consecuencia de estas conversaciones, el capitán se obstina más que nunca en sus ideas. Además, me parece poseído de una sobreexcitación nerviosa, cuya causa no puedo adivinar.

Los Letourneur y yo hemos observado durante la comida la taciturnidad del capitán y la inquietud de Roberto Kurtis. Algunas veces el segundo trata de animar la conversación, pero esta decae casi inmediatamente y ni el ingeniero Falsten ni Mrs. Kear son personas á propósito para levantarla, y mucho menos

Ruby. Sin embargo, estos pasajeros comienzan á quejarse, no sin razón, de lo largo de la travesía, y Mrs. Kear como hombre ante quien deben someterse los elementos, parece hacer responsable al capitán Huntly de la demora y le reconviene en alta voz.

Durante el día 17 y desde aquel momento según las órdenes del capitán, se riega el puente muchas veces al día. Ordinariamente esta operación no se hace sino por la mañana; pero sin duda está motivada ahora por la elevación de la temperatura que sufrimos, pues hemos sido rechazados grandemente hácia el Sur. Los encerados que cubren las escotillas están mantenidos en un estado constante de humedad, y su tejido estrechado en forma de telas absolutamente impermeables. El *Chancellor* está provisto de bombas que facilitan este lavado en grande.

Creo que el puente de las goletas mas lujosas del Yacht-Club no está sometido

à una limpieza más completa. Hasta cierto punto la tripulación del buque podría quejarse de este aumento de trabajo, pero observó que no se queja.

Durante la noche del 23 al 24, la temperatura de los camarotes y de la cámara me ha parecido casi sofocante. Aunque el mar está agitado y es bastante grueso, he debido dejar abierta la portilla de luz de mi camarote perforada en las paredes de estribor del buque.

Decididamente se conoce que estamos bajo los trópicos.

Al amanecer he subido al puente. Fenómeno bastante inexplicable: no he encontrado que la temperatura exterior esté en relación con la interior del buque. Por el contrario, la mañana es fresca porque el sol apenas se ha presentado por cima del horizonte; y sin embargo, no me he engañado, hacía realmente demasiado calor en la toldilla.

En aquel momento los marineros están ocupados en el incesante lavado del

puente, y las bombas arrojan agua que según la inclinación del buque, se escapa por los imbornales de estribor ó de babor.

Los marineros con los pies desnudos corren por aquella sábana límpida que echa espuma levantando pequeñas olas. Sin saber por qué, me entra gana de imitarles. Me quito las botas y las medias é introduzco mis pies en aquella agua fresca del mar.

Con gran sorpresa mía encuentro el puente del *Chancellor* sensiblemente caliente bajo mis pies, y no puedo contener una exclamación.

Roberto Kurtis me oye, se vuelve, viene hácia mí, y respondiendo á una pregunta que todavía no le he formulado, dice:

—Pues bien, sí, tenemos fuego á bordo.

IX.

LOS PROGRESOS DEL INCENDIO.—PRECAUCIONES.—ESPERANZAS.

19 de Octubre.

Todo se explica: los conciliábulos de los marineros, sus ademanes recelosos, las palabras de Owen, el riego del puente para mantenerlo en un estado permanente de humedad, y en fin, ese calor que se esparce ya por la cámara y que se hace así intolerable. Los pasajeros se quejan como yo, y no pueden comprender una temperatura tan extraordinaria.

Roberto Kurtis después de haberme dado esta noticia queda en silencio. Espera mis preguntas, pero confiese que en el primer momento se ha apoderado de

mi un temblor que me ha impedido el uso de la palabra. Entre todos los peligros que podían presentarse en una travesía, éste es el más temible, y no hay un hombre, por sereno que sea y dueño de sí mismo, que pueda oír sin estremecerse las siniestras palabras: *hay fuego á bordo*.

Sin embargo, recobro mi serenidad casi al momento, y mi primera pregunta á Roberto Kurtis es esta:

—¿Desde cuando tenemos fuego?

—Desde hace seis días.

—¡Seis días! exclamo. ¿Entonces es aquella noche?.....

—Sí, responde Roberto Kurtis, aquella noche que sintió usted tanta agitación en el puente del *Chancellor*. Los marineros de cuarto habían notado una leve humareda que se escapaba por los intersticios de la escotilla mayor. Inmediatamente fuimos avisados el capitán y yo. ¡No había duda posible! Se había prendido fuego á las mercancías en la bodega

y no había ningún medio de penetrar hasta el foco del siniestro. Hicimos entonces lo único que podía hacerse en semejantes circunstancias, es decir, condenar las escotillas de manera que se impidiese al aire penetrar en lo interior del buque. Esperaba que de este modo lograríamos sofocar ese principio de incendio, y en efecto, durante los primeros días he creído que lo habíamos dominado. Pero desde hace tres días, por desgracia, se ha averiguado que el fuego hace nuevos progresos. El calor que se desarrolla bajo nuestros pies se aumenta sin cesar, y si no fuera por la precaución que he tomado de conservar el puente siempre húmedo, no sería ya soportable. Después de todo, prefiero que sepa usted estas cosas, señor Kazallon, añadió Roberto Kurtis, y por eso se las digo.

He escuchado en silencio la relación del segundo. Comprendo toda la gravedad de la situación en presencia de un incendio cuya intensidad se aumenta de

día en día, y que tal vez ningún poder humano será capaz de dominar.

—¿Sabe usted lo que ha prendido el fuego? he preguntado á Roberto Kurtis.

—Probablemente, me responde, se debe á una combustión espontánea de algodón.

—¿Sucede eso con frecuencia?

—Con frecuencia no, pero algunas veces, porque cuando el algodón no está bien seco en el momento de embarcarlo, puede producirse la combustión espontáneamente en las condiciones en que se encuentra en el fondo de una bodega húmeda que es difícil ventilar. Para mí es evidente que el incendio que ha estallado á bordo no tiene otra causa.

—De todos modos, ¿qué importa la causa? respondo. ¿Hay algo que hacer, señor Kurtis?

—No, señor Kazallon, me responde, y repito á usted que hemos tomado las precauciones que las circunstancias exigen. Al principio pensé en dar un ba-

rreno al buque en su línea de flotación para introducir cierta cantidad de agua que las bombas habrían agotado en seguida, pero nos ha parecido que el incendio se ha propagado á las capas intermedias del cargamento, y sería necesario anegar enteramente la bodega para llegar hasta el foco. Sin embargo, he hecho perforar el puente en ciertos sitios, y durante la noche se vierte agua por esas aberturas aunque no es bastante. No; no hay verdaderamente sino una cosa que hacer, que es lo que se hace siempre en semejantes casos, y es proceder por sofocación, cerrando toda salida exterior, y obligar al incendio á apagarse por sí mismo por falta de oxígeno.

—¿Y continúa el incendio?

—Sí, lo cual prueba que penetra el aire en la bodega por alguna abertura que á pesar de todas las investigaciones no hemos podido descubrir.

—¿Hay ejemplos de buques que hayan

resistido en tales condiciones, señor Kurtis?

—Sin duda, señor Kazallon, y no es raro que lleguen á Liverpool ó al Havre buques cargados de algodón con una parte de su cargamento consumido por el incendio. Pero en estos casos el fuego ha podido ó extinguirse ó por lo menos contenerse durante la travesía. He conocido más de un capitán que ha llegado al puerto con un puente que casi le quemaba los pies.

Entonces se ha hecho rápidamente la descarga y se ha salvado la parte sana de las mercancías, al mismo tiempo que el buque. Pero aquí es otra cosa, y conozco que el fuego, lejos de contenerse, hace nuevos progresos cada día. Es preciso que exista alguna abertura que se haya ocultado á nuestras investigaciones y por ella viene el aire exterior á activar el incendio.

—¿No habría medio de volver atrás y dirigirnos á la tierra más próxima?

—Tal vez, me responde Roberto Kurtis, y esa es la cuestión que el teniente, el contramaestre y yo vamos á discutir hoy mismo con el capitán. Pero á usted le digo que he tomado bajo mi responsabilidad el cambio de rumbo, y que ahora llevamos viento en popa y corremos al Sudoeste, es decir, hácia la costa.

—¿No saben nada los pasajeros del peligro que les amenaza? he preguntado al segundo.

—Nada, y le ruego á usted que guarde el secreto de lo que acabo de decirle para que no aumente nuestras dificultades el terror de las mujeres y de la gente pusilánime. Por eso la tripulación ha recibido la orden de no decir nada.

Comprendo las razones graves que hacen proceder de este modo al segundo, y le prometo un silencio absoluto.

X.

LOS PASAJEROS EN LA TOLDILLA.—NUEVA Y TERRIBLE COMPLICACION.

20 y 21 de Octubre.

En estas condiciones continúa navegando el *Chancellor*, y desplegando toda la lona que su arboladura puede soportar. Algunas veces los masteleros de juanete se doblan hasta el punto que parece van á romperse; pero Kurtis vela; y situado cerca de la rueda del timón no quiere dejar al timonel entregado á sí mismo. Dando pequeñas guiñadas diestramente producidas, cede á la brisa cuando la seguridad del buque podría verse comprometida, y en lo posible el